



La ciudad como espacio social de convivencia

SUSANA B. DÍAZ RUIZ
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES DE CUENCA
UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA

Resumen: El diagnóstico que vienen haciendo las ciencias sociales, y en particular la sociología urbana, sobre la situación actual de las sociedades desarrolladas, se vertebra a partir del proceso de individualización concebido fundamentalmente como una pérdida progresiva de contenidos y significados sociales compartidos. Así la postmodernidad (destracionalizante) es la máxima condición de posibilidad de la ciudad y de lo urbano en la difuminación que experimenta su dimensión colectiva. La ciudad, entonces, queda resumida a partir de la racionalización progresiva que arrasa los lugares como *topos* de uso público y escinde la convivencia ciudadana en tantas trayectorias biográficas como individuos la habitan, mediando entre ellos vínculos que apenas trascienden la dimensión grupal en la que estos se localizan.

Si bien las ciudades han sido históricamente el espacio social en el que se han hecho explícitos todos los conflictos de poder y dominación que han resultado de la instauración de la modernidad; si bien pueden describirse como espacios de dura supervivencia en los cuales la desigualdad social acrecienta las fronteras internas entre modos distintos de vida, se hace evidente

al tiempo que ciudad y ser humano guardan entre sí una relación de íntima inherencia que las convierte a aquellas en espacios articulados a partir de un sentido social eminentemente convivencial.

A partir de esta premisa metodológica, la ciudad y lo que en ella acontece, es el resultado de una práctica social de convivencia que las generaciones que se suceden y los distintos grupos sociales que se enfrentan van estableciendo a partir de la reciprocidad que guardan. Se propone, por tanto, una lectura de la ciudad como sistema social urbano que aborde tanto la solidaridad como el antagonismo, la semejanza como la diferencia. Para ello se hará uso de una serie de conceptos que permiten reconstruir la vida en las ciudades a partir de la complementariedad entre la socialidad de la condición humana y el carácter agencial de su acción. Entre dichos conceptos se encuentran la ética de responsabilidad individual de M. Weber y el diacrítico cultural que propone M. Fernández-Martorell, además de las aportaciones sobre la ciudad que nos brindaron autores como F. Tonnies, G. Simmel, L. Wirth y H. Lefebvre. Su lectura permite acceder a una comprensión de la vida en las grandes urbes, emblemas por excelencia de modernidad, como el resultado de una organización social distinta y particular a anteriores formaciones de asentamiento colectivo que, no obstante, siguen evidenciando la continuidad histórica de la ciudad como espacio urbano de convivencia social.

Palabras clave: Ciudad, modernidad, urbano, prácticas convivenciales.

The City as a communitarian social space

Abstract: The analysis that the social sciences, and urban sociology in particular, usually carry out on the current state of developed societies is based on the process of individuation, which is basically perceived as the progressive loss of shared social contents and meanings. The city and the urban space, marked by postmodernity (with its concomitant decay of tradition) as possibilities in themselves, lose all their collective elements. Even though cities are spaces where social inequality perpetuates very harsh living conditions, they have not entirely ceased to be social spaces built on a largely communitarian social spirit. This paper attempts therefore to bring both processes together in an analysis of the city as an urban settlement.

Keywords: City, modernity, urban, community practices.

La ciudad como espacio social de convivencia



Susana B. Díaz Ruíz

1. Situación actual: las ciudades entre la habitabilidad y la muerte

La ciudad como objeto específico de la sociología ha estado presente desde sus comienzos como ciencia de lo social. Hoy su presencia, como temática específica, se inscribe en los matices que va tomando la sociedad denominada de la comunicación y la globalización. Sobre nuestras ciudades, ya sean grandes metrópolis o pequeñas ciudades, se vierten las advertencias y las críticas al modo de vida establecido, occidental y moderno en el que, una abstracta fluidez funcional pretendida para el movimiento de personas y objetos que arrasa con los lugares de encuentro público y deriva, inevitablemente, en la paradoja de la individualización progresiva y de la homogenización ramplona.

El paroxismo de lo urbano, como el más fiel representante de la ciudad actual, deviene en la victoria, se espera sea definitiva, de la agencia frente a la estructura. Frente a las coerciones implícitas en el espacio físico de la ciudad, se oponen las recreaciones particulares de un actor-habitante que se yergue como único productor de sentido de la ciudad misma. Con ello se consolida una separación conceptual entre lo urbano y la ciudad en la cual contenido y continente, respectivamente, parecen ofrecer posibilidades distintas al movimiento y a la vida social entre seres humanos.

La ciudad contemporánea se define como espacio de ausencias, deshabitado, regular y construido a partir de contenidos predominantemente racionalistas. El ser humano, por su parte,

ha perdido el contenido de vida compartida en sus dimensiones políticas, públicas y cívicas. La ciudad que empezara siendo el inicio de la sociedad civil, liberada de las trabas atávicas de la tradición, termina su recorrido en una agonía de impracticables haceres y estares colectivos. Desconcierto caótico, segmentación urbana, libertad y desarraigo, globalidad y localidad, son algunas de las oposiciones terminológicas que encierran las claves sociológicas propuestas para comprender la vida en las ciudades contemporáneas. Sin embargo, decir que la ciudad, en su versión de metáfora del Turismo Colectivo, ha muerto (*“las calles de una ciudad no planificada parecen también la única alternativa para el establecimiento de una relación recíproca entre extraños; una interacción en la que el gesto es hecho y devuelto, la palabra dicha y respondida”* (de Ventós, 1986:94)) es decir, de alguna manera, que está dejando de ser el espacio de existencia colectiva que siempre ha sido.

2. Confusiones metodológicas y conceptuales sobre la ciudad y lo urbano

2.1. Ciudades y ciudades modernas

La ciudad ha sido representada en numerosas ocasiones bajo la forma que adoptaron las ciudades europeas y norteamericanas en el siglo XVIII. En ellas se ha vertido el contenido de lo urbano como sinónimo de máxima civilización. Es el nacimiento de la sociedad civil, de la democracia representativa y del progreso; y, en definitiva, de la riqueza bulliciosa que caracteriza a las ciudades sobre las que se dejan sentir los procesos de industrialización y urbanización que consolidarán la sociedad moderna contemporánea.

Desde entonces, pareciera que no hemos dejado de pronunciar conceptualizaciones representacionales en las que aparece el cómo de la ciudad, su forma y la vida que en ella discurre. Así, a la ciudad del siglo XVIII, receptáculo de la utilidad racional como principio de organización social, le sigue la ciudad del XIX en cuya morfología, la racionalidad funcionalista de las líneas rectas de Le Corbusier se propone canalizar el movimiento de sus habitantes en un orden fluído y ordenado.

Del capitalismo fordista, la ciudad habitada (y segmentada) por sus antagónicos protagonistas, burgueses y trabajadores, al capitalismo hedonista que hace de la ciudad un espacio copado por las masas. Todo nuestro siglo XX podría quedar resumido en una sucesión de procesos, narrados sociológicamente, en los cuales, individuo y sociedad, salvo algunas excepciones, son los dos extremos irreconciliables entre los que transcurre la vida social.

Sin poder hablar de una especificidad disciplinar hasta bien entrados los años 20, los “problemas urbanos” han estado presentes en los trabajos de pensadores y sociólogos clásicos. Fustel de Coulanges, F. Tonnies, A. Smith, M. Weber, H. Pirenne, W. Sombart y G. Simmel dedicaron su atención a las problemáticas sociales que estaban teniendo lugar en lo que hoy conocemos como grandes urbes a principios del siglo XIX. Con la salvedad de las excepciones en las que nos detendremos más adelante, encontramos una constante conceptual en los primeros trabajos sobre las grandes ciudades: la oposición entre la sociedad tradicional y la sociedad moderna como matriz de la que nacen a un tiempo individuo y ciudad. Dicha consideración deja sentir una impronta de dualismo en el eje histórico que equipara lo urbano como contenido específico de la ciudad moderna. De este modo, la urbe como representación de la ciudad moderna acapara no sólo el significado de civilización, sino también el de urbano, dando lugar al eje conceptual “ciudad moderna - urbanización - civilización”. Esto representa lo que Manuel Castells, entre otros, denominaron *el mito de la cultura urbana*, (Castells, 1974).

Ahora bien, detengámonos en tres autores, Tonnies, Wirth y Simmel con el propósito de ver su coincidencia, no sólo en ciertos elementos de la vida en las grandes ciudades, sino también en el tratamiento que dan a lo urbano tras el proceso histórico de la industrialización. Si bien ninguno de ellos hizo de la modernidad una referencia trascendental que explicara en sí misma los cambios experimentados en el espacio y disposición de las urbes modernas, estos autores mostraron que a pesar de que los cambios que exigía la vida social en las urbes modernas tuvieron consecuencias nefastas para la vida colectiva en la nueva organización social, se evidenciaba en ellas la continuidad de la vida en común, colectiva, y comunitaria. Dichos cambios se entendían, por tanto, como resultado de las prácticas

sociales de convivencia protagonizadas por la metodológica abstracción que supone el urbanita o el sujeto moderno. Se adhieren así a una larga tradición de pensadores que como Tocqueville, Nietzsche, Baudelaire o Rousseau denunciaron la pérdida de contenido comunitario, de intercambio recíproco y de apropiación del lugar por parte de los individuos que lo habitan.

Sin embargo, ninguno de estos autores pierde de vista la continuidad de la convivencia social en el espacio metropolitano de las grandes urbes, esto es, la pervivencia de lo comunitario si para entender comunitario nos servimos de la definición de R. König: *“La comunidad se nos aparece, por lo tanto, como sistema social, es decir, como una relación que se diferencia de las otras porque todos los hombres que están incluidos en ella tienen conciencia de esta relación, así como de sus límites y de sus diferencias con otras relaciones semejantes.”* (König, 1971:50)

Comunidad y asociación son las dos concepciones metodológicas que sirven para ver la concreta articulación social que se desarrolla en las grandes ciudades del XIX y que permite considerar la dimensión del cambio experimentado con respecto a asentamientos colectivos anteriores, pero se trata de concepciones concretas que, lejos de oponerse, coexisten en el modo de vida social.

2.2. Lo urbano: contenido de ciudad

La ciudad, en las distintas versiones que conocemos a través de la historia, desde la antigua Mesopotamia hasta nuestros días, se caracteriza por una serie de elementos concretos que hacen de ella un espacio social urbano (Rykwert, 1985:248). Autores como Tonnies o Weber convienen en señalar como rasgos comunes a la aldea y a la ciudad, un sentido de la localidad enmarcada dentro de los límites que se conciben como tales para el propio asentamiento, la interdependencia de mercado y un conocimiento personal mutuo de los habitantes. Sin embargo, la diferencia entre ambos espacios sociales radica, en primer lugar, en la existencia de un excedente de producción que permite el desarrollo del arte y de las ciencias y, en segundo lugar, en una autonomía política que incluye un afán de dominio extra-

territorial, tal vez relacionado con el hecho de ser un asentamiento no autosuficiente.

“La ciudad dedica su mayor esfuerzo a las más refinadas actividades del cerebro, que al dotar a los objetos materiales de una forma placentera en armonía con el espíritu colectivo, representa la esencia general del arte.” (Tonnies, 1979:63) Opuesta, por tanto, a una comunidad capaz de autosatisfacerse, la ciudad practica el intercambio de productos estableciendo así sus vínculos con el campo. Sin embargo, no se trata sólo de artesanía sino de su conversión en arte. Este hecho nos ofrece un matiz muy importante a la hora de hablar de la ciudad: los seres humanos que viven en ella buscan permanecer de alguna manera en ese espacio que conciben como histórico y continuo, en la medida que comparten con antepasados y herederos. El arte, como práctica social humana, acontece en la ciudad, pues es en ella donde tiene lugar la pretensión del ser humano de *“... situar lo noble y lo eterno ante los ojos de los hombres”* (Tonnies, 1979:63).

Según Caro Baroja: *“La ciudad en general es más fuerte que la aldea o el conjunto de éstas, por nutrido que aparezca. La ciudad es dominadora o expresa en sí una voluntad de dominio”* (Caro Baroja, 1984:128). Su significado, por tanto, como totalidad en sí misma, trasciende los límites estrictamente geopolíticos y cobra significado más allá de ella misma, allí desde donde es vista (y significada) por otros.

Llegamos así a proponer la ciudad, en primer lugar, como sistema social urbano que en palabras de Carlos Moya *“implica siempre unas estructuras locales de comunidad urbana y su “Hinterland” dominado, que no agota nunca en la pura jurisdicción político-administrativa de tal ciudad, sino que abarca todo el área en que tal ciudad resulta dominante en cualquier forma de que sea relevante para su propia dinámica interna”* (Moya, 1969:104).

2.3. Lo urbano, contenido en las grandes urbes

Textos como “El espíritu de las grandes urbes” de G. Simmel o “El urbanismo como estilo de vida” de L. Wirth, se hacen eco de una ciudad habitada por desconocidos, con luces, escapara-

tes y todo tipo de estímulos visuales que visten las calles; son las ciudades de los grandes almacenes, de los precios establecidos; son los tiempos de la producción en serie en los que la calle se inunda de objetos producidos modeladamente, cuya exhibición adopta un carácter de significación personal, de distinción para el individuo que los porta. Las grandes ciudades continúan siendo ciudades pero en ellas se producen cambios en la relacionalidad social identificables en la historia.

2.3.1. La gran urbe como ciudad industrial

La ciudad industrial del siglo XIX contiene una forma de organización social distinta. Como asentamiento colectivo organizado en prácticas concretas contiene en su seno el desarrollo de modos de vida que se sostienen en determinadas valoraciones y concepciones. Es el caso de la ciudad industrial como contenido específico lo que nos permitirá entender el modo de vida que se manifiesta en la gran urbe. Para Tonnies, este tipo de ciudad, *“es esencialmente un centro comercial,... su riqueza es el capital, que, bajo la forma de comercio, usura o inversión industrial, se mueve y multiplica,... es además el centro de la ciencia y la cultura, que siempre van a la zaga del comercio y la industria”* (Tonnies, 1979:65). Según Wirth, el desarrollo de las grandes ciudades es un proceso caracterizado fundamentalmente por una economía monetaria que se traduce principalmente en *“una población altamente diferenciada, ...un proceso de despersonalización, un mercado impersonal, y una estandarización de procesos y productos”* (Wirth, 1962:31). Atendiendo a la progresiva despersonalización de cosas y personas en que consiste la gran urbe, pareciera paradójico reconocerla al mismo tiempo como el espacio representativo por excelencia de la convivencia social humana.

En la ciudad se configuran concepciones objetivas que a modo de leyes operan sobre lo concreto de los hombres y las cosas. Sin embargo, esto no es debido tanto a la modernidad como un ethos determinante como, y fundamentalmente, a la industrialización como proceso social. *“...economía monetaria y dominio del entendimiento están en la más profunda conexión. Les es común la pura objetividad en el trato con los hombres y cosas, en el que se empareja a menudo una justicia formal con*

una dureza despiadada” (Simmel, 1986:249). Del mismo modo, la libertad individual, que se ha venido presentando en las ciencias sociales como cristalización del *modus vivendi* del urbanita, ha de ubicarse en la despersonalización abstracta que se sucede con el espíritu de igualdad ilustrada, al cual, se deben buena parte de los presupuestos fundantes del nuevo orden social moderno.

La propia consideración de la gran urbe como ciudad industrial permite ver los modos de vida que en ella se despliegan y es, desde ahí, desde los procesos históricos concebidos a la luz de las prácticas convivenciales, en este caso de progresiva instrumentalización utilitarista, desde donde podemos ver el sentido con el que Tonnies, Simmel o Wirth proponen la des-sociedad socializante que enuncian la indiferencia o el distanciamiento como sentimientos sociales generados en el modo de vida de la gran ciudad. Sin lugar para las divagaciones redentoras, estos sentimientos, que dichos autores consideran funcionalmente como paliativos de lo común, contienen, sin embargo, la dimensión del sentido social compartido. La concepción del individuo como individuo independiente, en la ciudad moderna, si bien puede ser reconocida conceptualmente en su significado de categoría abstracta como disolución del hombre concreto, es al tiempo una práctica instituida socialmente; junto a la soledad y al desarraigo con las que se acompaña dicha concepción, no podemos olvidar que asimismo se traduce en una mayor sensación de libertad. La división social del trabajo y la funcionalidad interdependiente en la ciudad industrial exigen la consideración de la individualidad independiente. *“Por un lado, cada vez aparece con mayor claridad y exactitud el carácter de la naturaleza sometida a leyes, el orden objetivo de las cosas... por otro, cada vez se acentúa de modo más intenso y poderoso la individualidad independiente, la libertad personal y el ser-para-sí frente a todo lo exterior y a todas las fuerzas de la naturaleza”* (Simmel, 1976:362).

2.3.2 La gran urbe como colección de extraños

La industrialización se hace inseparable de una articulación abstracta que vertebra las relaciones sociales entre individuos que ya no pueden depender de un conocimiento mutuo y perso-

nal. Esto tiene como consecuencia, según estos autores, la sustitución de las relaciones inmediatas o de parentesco por aquellas asentadas sobre la convención o contrato. Según Tonnies: *“La diferencia entre naturales y extranjeros se vuelve irrelevante. Todo el mundo es lo que es, mediante su libertad personal, mediante su riqueza y sus relaciones contractuales”* (Tonnies, 1979:66). Es la individualidad, y su consiguiente puesta en práctica a través de los quehaceres cotidianos y de las preferencias, lo que revierte en la formación de la asociación como articulación de lo social. Se trata, pues, de una ciudad en la cual se hace necesaria una organización de la convivencia de carácter predominantemente abstracto o formal en virtud del hecho de ser extraños y desconocidos los que conviven. En palabras de Wirth, *“en vista de la ineficacia de los actuales lazos de parentesco, creamos ficticios grupos de parentesco. Frente a la desaparición de la unidad territorial como base de la solidaridad social, creamos unidades de intereses”* (Wirth, 1962:40). Ambos autores ponen de manifiesto la urdimbre de reciprocidad social que mantienen individuo y sociedad modernos. Los cambios apuntan a las necesidades del conglomerado social formado en las ciudades con una densidad de población cualitativamente mayor, y estas necesidades apuntan directamente a la convención.

Tratemos de comprender la importancia que el reconocimiento de este hecho tiene como premisa teórica de análisis. Los autores sobre los que estamos haciendo este recorrido por los elementos de la ciudad como objeto específico de estudio no dedujeron la funcionalidad de las prácticas modernas de una cultura moderna previamente distinguida como tal. El establecimiento de la convención surge de una necesidad colectiva, la del grupo humano que convive en una ciudad de esas características ecológicas, espaciales y temporales, y ahí reside su dimensión humana. Porque en ese espacio en el que se convierte la ciudad moderna, de estandarización y abstracción, continúa persistiendo el hecho mismo del sentido convivencial como sentido comunitario. La singularidad del ser humano puede ser rasada desde las presunciones filosóficas o ideológicas individualistas y, ciertamente, desde este reconocimiento convenimos con Simmel en que la singularidad humana queda anegada en el proyecto histórico de la ciudad moderna. Como lugar difícil para las “existencias soberanas”, fue considerada por Nietzsche.

Sin embargo, se hace igualmente necesario reconocer que en la dimensión cotidiana, no como entorno de privacidad compensatorio al entramado de obligatoriedad social, sino como el contenido y significado convivencial, la vida se sucede en constante apropiación y participación recíproca entre los seres humanos que conviven. Esa es la dimensión humana y de lo común (o lo social) que Simmel veía en la gran urbe cuando hablaba de la “rareza” socialmente permitida. *“Allí donde el crecimiento cuantitativo de significación y energía llega a su límite, se acude a la singularidad cualitativa para sí, por estimulación de la sensibilidad de la diferencia, ganar por sí, de algún modo, la consciencia del círculo social: lo que entonces conduce finalmente a las rarezas más tendenciosas, a las extravagancias específicamente urbanitas del ser-especial, del capricho, del preciosismo, cuyo sentido ya no reside en modo alguno en los contenidos de tales conductas, sino sólo en su forma de ser-diferente, de destacarse –se y de este modo, de hacer-se notar”* (Simmel, 1986:259). Al igual que la indolencia, generada en el urbanita como mecanismo social de defensa vital, su querencia de distinción (individual) acontece en un espacio socialmente vertebrado por lazos contractuales que contemplan las diferentes posibilidades de la acción del sujeto.

2.3.3. La gran urbe como metáfora de la tierra prometida: sustitución de lo heredado por lo adquirido

A las grandes ciudades que se gestan en la Europa del XVIII llegan gentes de toda procedencia en busca de un trabajo, atraídos por el modo de vida al que “todos” pueden aspirar. Es el reino de la libertad y de la prosperidad, pues las diferencias, ahora llamadas de status o sociales, emergen alrededor del proceso económico de producción, una vez que se han dejado de lado las determinaciones jerárquicas de la sociedad estamental. La ilusión de cualquiera que llega por ocupar posiciones consideradas como socialmente superiores o privilegiadas se hace evidente en las palabras de Tonnies: *“Es un siervo sólo mientras los brillos y lujos en las ventanas iluminadas estén más allá de su alcance. Su vida no es más que una constante alternativa entre trabajo y ocio, actividades ambas distorsionadas por la*

rutina de la fábrica y las exiguas satisfacciones de los cafetines” (Tonnies, 1979:66). Para ambos grupos sociales, privilegiados y no privilegiados, la asociación es comúnmente reconocida, ya que se trata de un modo de vida en el que como dice Wirth *“la individualidad debe ser reemplazada por las categorías”* (Wirth, 1962:31). La metáfora de la tierra prometida encuentra su contrapartida en un sistema meritocrático que el sujeto moderno de la gran urbe enfrenta en forma de posibilidades previamente establecidas. Se trata de un espacio de contrastes, de luces y miserias, remarcadas fuertemente en la imagen que la gran ciudad ofrece de sí misma. *“Proveer de emociones y suministrar medios de escape a las ocupaciones, la monotonía y la rutina, son las principales funciones de la recreación urbana, que en el mejor de los casos proporcionan medios para una autoexpresión creativa y una asociación de grupo espontánea, pero que más típicamente producen, en el mundo urbano, por una parte, el espectador pasivo; por la otra, el héroe que bate récords sensoriales”* (Wirth, 1962:38). El contenido categorial del individuo al que se refería Wirth bien pudiera encontrar eco en la disyunción entre el ser y el tener que propuso Simmel para dar cuenta de la relación que mantienen en la ciudad moderna el individuo y las cosas. *“El hecho de que el sentimiento del yo traspase sus límites inmediatos y se asiente en objetos que le afectan sólo de un modo mediato, demuestra, precisamente, en qué medida la propiedad, como tal, no significa otra cosa sino que la personalidad se extiende en ella y alcanza su esfera de expansión en el dominio sobre ella. De ahí el fenómeno peculiar de que la totalidad del tener suele ser equivalente a la totalidad del ser”* (Simmel, 1976:391).

No sólo tiene lugar una sustitución de lo heredado por lo adquirido, lectura que nos permite perfectamente entender el significado de la desaparición de la sociedad estamental; Simmel también nos permite ver que, entonces, cuando eso sucede, y los seres humanos así lo instituyen a través de sus prácticas como un significado social compartido, quedan atrapados en una representación distinta; precisamente la que le otorga ahora aquello que adquiere con su esfuerzo e inteligencia particular. *“Por esto las grandes ciudades, en las que en tanto que sedes principales del tráfico moderno la adquiribilidad de las cosas se impone en proporciones completamente distintas de lo que lo*

hace en relaciones más pequeñas, son también los auténticos parajes de la indolencia” (Simmel, 1986:253). Ahora el hombre particular y representativo, como nos dice Simmel, es el que da contenido y valor al hombre general, y ahí toma consistencia comprender la ciudad moderna como metáfora de la tierra prometida en un sistema social meritocrático.

La ciudad moderna o gran urbe como asentamiento colectivo que es, alberga la tradición que va formando el paso del tiempo con independencia de los cambios que se producen tras el proceso de industrialización, la ciudad mantenga su especificidad, esto es, su carácter político y comercial que *“representa algo perdurable que sobrevive a la secuencia de generaciones y reproduce siempre, en parte por sí misma, en parte mediante la herencia y la educación de sus habitantes, el mismo carácter e idéntica actitud intelectual”* (Tonnies, 1979:63). *“...Pero como la ciudad pervive dentro de la urbe, ciertos elementos vitales de la comunidad, como forma real de vida, persisten dentro de la asociación, aunque languidecientes y en decadencia”* (Tonnies, 1979:271)

3. La ciudad como espacio de convivencia política

A lo largo de miles de años, las ciudades han sido el lugar donde los seres humanos han vivido en convivencia con otros seres humanos. Hoy continúan siéndolo. Entre la homogenización y el agravado atomismo, entre el movimiento uniformemente acelerado y la heterogeneidad que concentra su espacio, en las ciudades tienen lugar enfrentamientos y encuentros, incomodidades y desavenencias, pertenencias y arraigos generados en virtud de coexistir en su espacio modos de vida distintos. Todo esto es una ciudad, la enuncia como espacio de existencia colectiva, compartido, con-vivido con otros que habitan en él desde los significados sociales y la valoración subjetiva establecida; la ciudad es por ello un espacio *“de convergencia pero no de igualdad”* (Mairal, 1995:314). En una ciudad, la convivencia, de encuentro y de disputa, enlaza a quienes guardan la relación de convivencia social como referenciada significación recíproca en la que el “Otro”, inevitablemente, siempre está presente.

Desde una postura que no considere previamente problema de incompatibilidad en la relación entre individuo y sociedad, la ciudad parece ser el lugar propio al ser humano en tanto que ser social. No hubo hombre anterior a la sociedad, ni sociedad anterior al hombre. La ciudad puede considerarse el primer espacio de vida social compartida. Así lo manifiestan H. Arendt y M. Zambrano. *“El nacimiento de la ciudad – estado significó que el hombre recibía además de su vida privada, una especie de segunda vida, su bios politikos. Ahora todo ciudadano pertenece a dos órdenes de existencia, y hay una tajante distinción entre lo que es suyo (idion) y lo que es comunal (koinon)”* (Arendt, 1998:39). La ciudad en el momento de su aparición supone una organización colectiva de la propia convivencia. En este mismo hecho reside el carácter político de esta organización que se dan los hombres entre sí; organización que articula los dos órdenes de existencia humana: la propia de cada hombre concreto y la común, de la que todos son partícipes. Remarcando la polis como una relación que traspasa los límites de la fraternidad, M. Zambrano alude también al carácter político implícito en la aparición misma de la ciudad. *“La ciudad, la polis, exigirá para su existencia ya desde el principio, la existencia del político, del hombre especialmente dedicado a ella. Pero esto supone ya la existencia de un grupo de hombres iguales entre sí, hombres libres desde luego y liberados en tanto que ciudadanos de los lazos de la familia, del lazo de la sangre, de la clase, si se exceptúan los esclavos”* (Zambrano, 1988:105).

En este sentido, la comunidad como relación social implícita en el hecho de la ciudad apunta al carácter de consustancialidad que guardan seres humanos y ciudades. Aquellos no pueden ser en otro medio y éstas sólo emergen con la aparición del hombre como individuo, como hombre concreto, dueño de un “tiempo de soledad”, un tiempo *“... que corresponde al hombre que se sabe y se siente individuo”* (Zambrano, 1988:20). La ciudad es, por tanto, el espacio social comunitario que se dan entre sí los seres humanos como humanos e individuos.

Desde su aparición, las formas de relación social que aparecen en la ciudad, como asentamiento compartido, se vertebran a partir de nociones de localidad. Quienes viven en ella, esto es, sus habitantes, saben que habitan en un espacio que comparten con otros cotidianamente. Los asentamientos colectivos

humanos necesitan articularse mediante unos vínculos que ya exceden los límites del conocimiento personal. A partir de esta sustitución estamos ante un grupo humano de desconocidos que inaugura el espacio en el que desarrollará una vida común sedentaria, dotada de significados culturales y simbólicos, de institución y de normas, con el objetivo de sobrevivir. Para ello se constituye una organización política que vertebró dicha convivencia social, y cuyo cumplimiento sea exigible a cada uno de los miembros que viven en dicho espacio. *“La regulación de las relaciones basadas en esa condición específica (la localidad común) cristaliza necesariamente en normas formales: el derecho legislado frente a las viejas tradiciones orales del clan”* (Moya, 1969:114). En la localidad, se expresa, por tanto, la materialidad que adquiere la práctica de la convivencia cotidiana; es la dimensión en la que residen los significados sociales que conforman la organización social del espaciotiempo sociohistórico surgido a partir de la convivencia misma entre quienes comparten y cohabitan en dicho espacio. La localidad, entonces, es la vertebración social que alude al sentido comunitario de la existencia colectiva que agrupa e incluye a desconocidos y semejantes.

3.1. La ciudad como sistema social urbano

El modo de vida social compartida que se desarrolla en la ciudad es urbano y como modo de vida particular de la ciudad sus rasgos fundamentales se encuentran, como ya hemos dicho anteriormente, en un excedente económico de producción que a su vez posibilita la práctica del arte, por un lado, y una organización políticamente autónoma, por otro. Todos estos rasgos, propiamente particulares de la ciudad son al mismo tiempo los rasgos que permiten hablar de un modo de vida urbano, conformado por hombres iguales en su semejanza de individuos y unidos en el establecimiento y uso de unas relaciones sociales abstractas que cada cual pone en práctica.

El hecho mismo de la ciudad y de lo urbano contienen la posibilidad de lo social como sentido vital compartido y en lo social se incluye la solidaridad y el enfrentamiento a los que dan

lugar las diferencias establecidas entre los seres humanos que conviven. La aparición del ser humano como individuo, es un hecho parejo a la aparición de la clase social. En ese espacio *“...más neutro, menos cualificado, menos cualitativo, de donde ha desaparecido por el pronto lo sagrado específico”*, nos encontramos *“que el individuo y la clase social son coetáneos históricamente”*. Ahí reside para M. Zambrano el sentido que tiene la ciudad como espacio viviente, en movimiento constante y como espacio político democrático: *“y esto es al par el nacimiento, el origen de la democracia. (Zambrano, 1988:105).*

Ahora bien, el establecimiento de la consideración de individuo en su matiz positivo de hombre concreto, mantiene cierta coherencia con una tendencia de individualismo colectivo. En este sentido, las ciudades han sido los escenarios donde los seres humanos han protagonizado sus luchas por la igualdad y por la diferenciación. *“Frente a los sistemas preurbanos, la aparición de la ciudad significa la aparición de una nueva pauta de estratificación social. ... Progresivo desarrollo de las relaciones de dominación, progresiva diferenciación social del trabajo y progresiva acumulación de excedentes, son los tres supuestos estructurales cuya implicación recíproca hace posible la estructuración social de una población progresivamente voluminosa, densa y heterogénea, como es la que se acumula dentro de la ciudad”*. (Moya, 1969:108).

El modo de vida urbano de la ciudad implica asimismo la construcción de las instituciones y de los espacios públicos, de palabra y uso, que vertebran la organización social de la ciudad en sus dimensiones políticas, comunes y públicas. *“...a los hombres que viven en la misma ciudad, les une el uso de la plaza pública o foro, de los templos, los pórticos y los accesos, las vías, tanto como las leyes, costumbres y privilegios y por último tratos y contratos”* (Caro Baroja, 1984:137). Los privilegios, las diferencias parecen ser consustanciales a la vida urbana. Individuo y diferencia son términos que mantienen un trasvase de contenidos recíproco. No en vano, la aparición de las ciudades griegas es algo que, según Deleuze, guarda una estrecha relación con la formación del concepto como creación específicamente filosófica, marcando así una novedad histórica respecto a la etapa anterior protagonizada por la sabiduría. Sin embargo,

no descuidemos el anverso de esta sustitución: descendiendo en la carrera de inmanencia, el sabio es sustituido por el filósofo, ahora simplemente y de manera más modesta, amigo de la sabiduría. Pero la palabra “amigo” lleva implícita su “rival”. Las sociedades de amigos que se crean en las ciudades, suponen la creación de asociaciones de iguales que instauran esta forma de socialidad; pero también este hecho significa *“...haber instaurado entre ellas y en cada una de ellas unas relaciones de rivalidad, oponiendo a unos pretendientes en todos los ámbitos, en el amor, los juegos, los tribunales, las magistraturas, la política, y hasta en el pensamiento, que no sólo encontrará su condición en el amigo, sino en el pretendiente y en el rival ...”* (Deleuze, 1993:10). Una sociedad formada por hombres libres (respecto a los anteriores lazos de parentesco) es una sociedad de hombres iguales. En la medida en la que los hombres libres se conciben como individuos libres, asimismo se consideran como individuos diferentes.

La diferenciación social como resultado de las valoraciones subjetivas que se entrecruzan en la práctica de la convivencia fue relacionada con el individualismo como práctica occidental también por parte de Weber. En sus “Ensayos sobre sociología de la religión”, Weber atribuye el desarrollo de una ética individual de salvación personal como es el cristianismo en el suelo urbano de las ciudades: *“es muy improbable que una religiosidad congregacional organizada como la del cristianismo primitivo pudiera desarrollarse fuera de la vida común “urbana”, en el sentido occidental de esta palabra. Pues esa religiosidad supone ya como concepción existente la ruptura de aquellos límites creados por el tabú entre clanes, supone el concepto de cargo o función, la concepción del ayuntamiento como un “instituto, como una estructura corporativa al servicio de fines objetivos, concepción que ella, por su parte, contribuyó a fortalecer, y cuya nueva acogida por parte del desarrollo urbano que surge en el medievo europeo facilita también en algo grado... Las cualidades específicas del cristianismo como religión ética de salvación y piedad personal encontraron su suelo nutricional en la ciudad y en ella depositaron constantemente nuevos impulsos, en oposición a la transformación en sentido ritual, mágico o formal, favorecido por los poderes feudales”*. (Weber, 1969:379).

3.2. Ciudad y burguesía

Tal vez la agri dulce contradicción que pudiera caracterizar a la ciudad reside en el hecho de ser, al mismo tiempo, la metáfora de la tierra prometida, un lugar al que muchos han ido a parar en busca de un futuro mejor, y también un lugar ya instituido que opone resistencia a los que reconoce como extranjeros. Distingue intraterritorialmente a los autóctonos y foráneos, generándose, a partir de dicha diferenciación, procesos de competencia y rivalidad entre grupos sociales distintos.

El florecimiento comercial que protagonizaron las ciudades europeas a partir del siglo X y XI supuso el final del feudalismo como modo de vida social y colectivo instituido. Basada fundamentalmente en la riqueza territorial y en las relaciones sociales de vasallaje, las nuevas formas de vida social que se desarrollan a partir de las actividades comerciales y los nuevos oficios representan un claro obstáculo al mantenimiento de la economía feudal. Ambos modos de vida no pueden sino encontrar contrapuestos sus intereses y valoraciones. La propia coexistencia en la que se encuentran acarrea el enfrentamiento convivencial entre vagabundos, siervos que deciden poner fin a su relación de obligación feudal y, en general, entre todos aquellos que no tienen tierra, abandonan el campo y se dirigen atraídos por la vida de la ciudad, según cuenta Pirenne *“ya que les prometía satisfacer su codicia.”* (Pirenne, 1986:42). La ciudad es lugar que acoge y recibe a todos aquellos que vienen de fuera; pero no es esto algo que sucede de manera ajena al conflicto. En las ciudades de la Edad Media los comerciantes que llegan tienen que hacerse con un lugar propio y para ello habrán de sortear los obstáculos impuestos por la nobleza. De la misma manera ocurrió más tarde en las ciudades que protagonizaron el crecimiento alrededor del siglo XVII y XVIII. Aparecieron las fortunas burguesas y con ellas la clase social de los nuevos ricos *“una nueva capa social, cuyo núcleo es la riqueza, pero que conserva el molde y la estructura feudal. O dicho en otros términos: gran parte de los “nuevos ricos” ascendió a la clase noble.”* (Sombart, 1979:16).

Cualquiera puede emprender una nueva vida en la ciudad, puede probar suerte y acertar, puede arriesgar y puede perder. Es en la ciudad donde pueden ocurrir cosas como estas. Los

que llegan a la ciudad como forasteros guardan una semejanza entre sí: son desarraigados. Han abandonado el lugar al que pertenecían y llegan a este espacio nuevo solos a procurar subsistir. No sólo eran comerciantes, sino inmigrantes del campo sin nada. Como explica el propio Pirenne *“la suerte favoreció a los mejores, que no podían dejar de aprovechar las oportunidades de hacer fortuna que abundan en la vida comercial para los vagabundos y los pobres diablos que saben acometer una empresa con suficiente energía e inteligencia.”* (Pirenne, 1986:40). No en vano, Pirenne y Sombart consideran la práctica de la especulación como el origen de buena parte de las nuevas fortunas.

La ciudad es un territorio abierto a cualquiera que quiera emprender una nueva vida. Sin embargo, también es lugar de jurisdicción definida, con unos habitantes ya establecidos y apropiados del lugar y con un sistema de valoraciones sociales concretas. De ahí que en la ciudad se mantenga vigente la distinción jerárquica social de los que llegan. El enfrentamiento que habrá que subsanar no tiene sólo que ver con las costumbres y hábitos sociales; también se relaciona con los intereses y los derechos. Podía darse, por ejemplo, una incompatibilidad entre la condición social y la condición jurídica anterior, la referida al lugar que se ocupaba en la sociedad feudal estamental. El caso de los comerciantes ofrece la particularidad de que eran considerados hombres libres. No ocurría lo mismo, con inmigrantes que llegaban en busca de trabajo. *“A pesar de haber dejado de ser campesinos, no podían borrar la mancha con la que la servidumbre había marcado a la clase rural. Si intentaban disimularla, no faltaban quienes los llamasen bruscamente a la realidad.”* (Pirenne, 1997:106). La ciudad es un lugar en el que se lucha por sobrevivir y por llegar a ser alguien; es el lugar en el que uno puede tratar de ocultar su identidad o, por el contrario, tratar de ubicarla en dicho espacio.

La figura del burgués es un buen ejemplo de los cambios que se producen cuando un grupo trata de consolidar su modo de vida en un espacio que ya estaba habitado por otros. Las luchas sociales van dirigidas a defender sus intereses como grupo social particular. Dan prueba de ello las distintas instituciones políticas, administrativas y jurídicas que aparecen en las ciuda-

des con el fin de responder a las exigencias sociales del nuevo modo de vida que se va gestando en ellas a partir de nuevas actividades como el comercio y la industria. Así por ejemplo, desde el siglo XI muchas ciudades europeas contaron de manera permanente con una jurisdicción que reconocía su autonomía judicial; también se producen cambios en el antiguo derecho consuetudinario, y algo de extraordinaria importancia, para la vida urbana: la obtención por parte de la burguesía de la libertad como condición jurídica. *“La libertad se convierte en condición jurídica de la burguesía a tal grado que no es solamente un privilegio personal, sino un privilegio territorial inherente al solar urbano, en la misma forma que la servidumbre es inherente al solar señorial.”* (Pirenne, 1986:44). Estos son algunos de los procesos de cambio que van teniendo lugar en las ciudades y van transformando los modos de vida urbanos.

A pesar de no perder de vista el presupuesto de la reciprocidad social, desde el cual se reconoce la participación activa de cuantos miembros forman parte del mismo espacio y en virtud de la cual se conforma un sentido de la convivencia social, difícilmente podríamos desbaratar la visión apocalíptica de Weber sobre el transcurso de la sociedad occidental. La vida social y pública de las sociedades modernas se inscribe, efectivamente, en el marco ofrecido por la burocratización de cuantas estructuras y espacios públicos conforman las prácticas sociales llevadas a cabo en nuestros espacios de vida. La continuidad que mantiene nuestra propia historia nos lleva a ver que nuestra particularidad cultural, llamémosla moderna y occidental, conduce a conformar un espacio en el que la individualidad se ha convertido en un criterio que subsume la política socialidad de los miembros que habitan en una ciudad. ¿Cómo podremos, entonces, conjugar la realidad de esta perversión que supone erigir en criterio dominante la privacidad individual (de los hombres que con-viven), con nuestra propia continuidad vital en espacios y tiempos de convivencia colectiva?.

4. Las nuevas realidades de las ciudades contemporáneas

El declive del paradigma de la ciencia moderna va haciéndose cada vez más sólido al hilo de la explícita separación que

se pretende mantener respecto a los residuos positivistas que la sociología arrastra desde su nacimiento a lo largo de todo el siglo XX. Desde ahí, y como afrenta teórica al cansancio producido por las veracidades y demostraciones que exigían las coordenadas decimonónicas, emprenden su aparición nuevas formas teóricas y conceptuales que evidencian lo hasta ahora rechazado: el movimiento y la mezcla. Mezcla de fronteras, mezcla de espacios y de tiempos, de identidades como unidades significativas que estallan en mil sentidos, ahora fracturados. Ya no es una cuestión de extremos (agencia/conciencia, yo/realidad, etc) sino de ámbito, de continuo con el que se pretende rechazar el paradigma científico dominante de la modernidad.¹ Nos encontramos, por un lado, con la denuncia realizada alrededor de la persistente perversidad moderna, expresada a través de una versión neopanóptica del poder, y, por otro, con la propuesta metodológica basada en el denominado “vector de la ruptura” que permite dar cuenta de la realidad actual a través de procesos sintomáticos de nuestros tiempos globalizados como la hibridación y la proliferación de lógicas vitales des-territorializadas.

La incidencia que las últimas tecnologías tiene en la vida pública y social se traduce, según M. Castells, en la reproducción de la dual desigualdad social. (Castells, 1997). Los lugares como espacios en los que acontece la cotidianidad de los sujetos, desaparecen y la comunicación social mantiene una absoluta dependencia de los flujos informacionales que realimentan el poder dominante al tiempo que marginalizan los movimientos de resistencia y alternancia. El aislamiento procurado respecto al “Otro” se consume con las posibilidades que brinda la Gran Red, y las ciudades, a la luz de las nuevas tecnologías, parecen

¹ La apelación a los híbridos como figuras metodológicas acoge un espectro de amplios matices que denuncia una propuesta sociológica nueva. Podemos encontrar desde el rechazo que Bruno Latour propone respecto a la asimetría histórica desde la que ha sido presentada la modernidad como inicio de la civilización, al conocimiento situado que propone Haraway como marco conceptual operativo para el análisis de la conformación hibridada de lo social y de lo humano. La apelación a la hibridación implica, según García Canclini, *“que se han movido las fronteras. Persiste, sin embargo, una terca mentalidad que pretende reducir toda mezcla a nuevas formas de lo viejo. Las hibridaciones de que estamos hablando son aquellas que sólo se producen por destrucción de las viejas identidades, al menos por su erosión.”* Martín Barbero, J. “Dinámicas urbanas de la Cultura”, <http://www.innovarium.com/Culturaurbana/DinamUrbJMB.htm>.

poblarse de figuras inconexas y fantasmales que encuentran su máxima representación en las figuras de los turistas y los vagabundos como los dos extremos opuestos del elenco experiencial que habita las calles de la *“gubernamentalidad postdisciplinaria”*: *“El presente local es espacio, perfil común y cíclico de la muerte, algo abisal que es médula de la sabiduría de los pueblos (lo común, diríamos, es la propia violencia de la localidad). Por el contrario, el tiempo lineal lanzado, ahora logrado en un real time mundial, es la negación pública del aquí y ahora, del espacio finito de relación y comunidad (Gemeinschaft)”*. (de Marinis, 1995).

El miedo a la finitud de lo concreto, a la dimensión del presente vivido en su aquí y ahora, hace notorio que continuamos viviendo bajo el reinado de la misma Física-Matemática.² *“Aquí la vieja definición del hombre como animal rationale adquiere terrible precisión: desprovistos del sentido mediante el cual los cinco sentidos animales del hombre se ajustan al mundo común de todos los hombres, los seres humanos no son más que animales capaces de razonar, “de tener en cuenta las consecuencias”*. (Arendt, 1998:310)

Emigración y desarraigo dan cuenta de una desurbanización social, a través de la cual, se puede apreciar un desuso generalizado o colectivo de las ciudades o, más concretamente, de sus lugares, que desaparecen en virtud de la velocidad que busca desprenderse de lo cotidiano, sustituyendo el encuentro por la fluidez de unas fronteras cuya principal característica es ahora la porosidad. Este “urbano” de hoy aparece como el contenido de movimientos sin finalidad, no susceptibles de ser atrapados por las tradicionales categorías científicas. Sin embargo, no es de lo absurdo y de lo existencial de lo que se está hablando, sino de la necesidad que tienen las ciencias sociales de virar la mirada hacia los llamados márgenes, espacios sociales en los que la socialidad no se desarrolla al hilo de coherencias norma-

² La matematización de la física como acontecer fundamental en la ciencia moderna permite dar cuenta del proceso sociohistórico que supone la propia modernidad. Las cosas, antes incluso de convertirse en objetos de estudio, cumplen con la armonía preestablecida del número y la idea. Esto es lo que hace que el sujeto de conocimiento moderno, conozca en función de una previa operación de “convertibilidad” matemática que verifica la conjetura inicial y exhibe la naturaleza hipotética de la ciencia moderna.

tivas, sino de desplazamientos interesados en los que el sujeto (des-territorializado y des-espacializado) evidencia su ruptura con la Identidad que la ciencia, en su tradicional racionalismo, le imputa. De este modo, se revela así como un sujeto que encarna una nueva orientación, ahora basada en identificaciones. Se rompe, de este modo la continuidad de coherencia que la visibilidad de lo social le exige. *“Puede decirse que es del lugar del que nace la eficacia de las ciencias sociales de donde brota también la razón de su fracaso: no poder ver más que lo visible o lo que lo deviene a través de la mirada sociológica. ... Lo social invisible, territorio vacío de sociedad y de sociología, consecuencia no querida de la modelización política y sociológica, es también, condición de posibilidad para la existencia de los peculiares sujetos que lo habitan: los parásitos.”* (Gatti, 1999)

En esta operación conceptual y metodológica que fluye en la mirada de una sociología que pretende deshacerse de sus lastres pretéritos, la visibilidad como condición de posibilidad de la Identidad tradicional misma, se convierte en material de desecho. Las argucias disposicionales enuncian a un sujeto-objeto, monstruo y autómatas, habitante de lo liminal por excelencia. Estas (nuevas) figuras metodológicas remontan y trascienden el intento de la lógica reproductiva, representada fundamentalmente por el interaccionismo simbólico, traspasando así los límites de lo que no era más que un modo de reivindicar el protagonismo agencial del sujeto sociológico que, no obstante, no aparecía sino dando cuenta con su acción del orden y fundamento del sistema social.³ Son, en definitiva, modos de hacer y no de ser, según propone Gabriel Gatti, cuyo uso de exploración metodológica evidencia nuevamente el intento de salir de la dualidad de extremos en la que se ha venido sosteniendo la sociología clásica y moderna.

³ Para ver la secuenciación metodológica que atraviesa la historia de la sociología puede consultarse “Diez lecciones de sociología” donde L. Martín Santos hace un recorrido que comienza por el vector de la producción, lógica marxista en la que individuo y sociedad se encuentran unidos por una agencia sociologista que no reconoce ningún tipo de protagonismo en la definición agencial del sujeto; a dicho vector le sucede el vector de la reproducción en el que se da solución a la disyunción analítica entre individuo y sociedad reconociendo para el primero una mayor capacidad de agencia en términos de interiorización. El vector de la ruptura, instalado ya en tiempos post-modernos, pretende poner fin a dicha dualidad. Para ello propone la eliminación de las barreras que sepa-

El sujeto post-moderno emerge, de este modo, de la mano de una sociología que lo libera de la cadena significativa dominante *hombre, blanco, rico*, y le dota de otro espacio (de margen) formado por los significados no – dominantes de *mujer, negro, pobre*, en el que, evidentemente, las lógicas conductuales se prevén distintas. Las nuevas dinámicas urbanas protagonizadas por las personalidades urbanitas son rescatadas por una mirada científica distinta que se centra en las figuras anónimas que no habían tenido cabida hasta ahora en la sociología y en la antropología por no responder a las categorías que tradicionalmente se han dedicado a captar el movimiento coherente (uniformemente acelerado) que los sujetos sociales mantienen respecto a las normas sociales.

“En las tramas que configuran la sociedad urbana, el protagonismo no corresponde casi nunca a elementos estructurados de forma clara. Ni siquiera se trata de seres con nombre y apellidos. Son personajes que clandestinizan todas y cada una de las estructuras en que se integran –siempre a ratos- para devenir nada ambulantes perfiles nihilizados, seres hipertransitivos, sin estado, es decir que no pueden ser contemplados estáticamente, sino sólo en excitación, trajinando de un lado para otro.” (Delgado, 1999:200). Se distingue así entre un territorio de lo social visible, en el que tienen lugar dichas correspondencias coherentes, y otro de lo social invisible, poblado de transeúntes ninguneados y anónimos a cuyos espacios vitales el poder panóptico no llega.

Es la plasmación del acontecer en nuestro “urbano” contemporáneo, en el cual, junto a un orden de significados sociales preestablecidos bajo parámetros dominantes de orden funcional, cohabitan las situaciones liminales: *“...todo lo que compone la experiencia de la vida social (ideas, sentimientos, sensaciones) es disuelto y reorganizado de una forma aparentemente desquiciada, excesiva, fantástica, paródica, distorsionada..., aislando y descolocando los componentes de las estructuras socio-*

ran a individuo y sociedad a través de la figura metodológica del híbrido en la medida en que ésta viene a resolver el abismo entre agencia y estructura reivindicando el espacio de lo “social invisible” como espacio ajeno a la normatividad y demás mecanismos de control social. Martín Santos, L (1988), *“Diez lecciones de sociología”*, Méjico, Fondo de Cultura Económica.

simbólicas hasta permitir una contemplación distanciada de su significado, de su valor y, por tanto, de la pertinencia de su mantenimiento o bien de su transformación.” (Delgado, 1999:111).

En la llamada postmodernidad se ha disuelto la relación de oposición que mantenían individuo y sociedad, ambos concebidos como categorías científicas. La pregunta que cabe hacerse es si las nuevas herramientas conceptuales de la sociología y de la antropología no corren, acaso, el riesgo de servir de marcos categoriales, en los que si bien se habla de un sujeto no susceptible de ser reducido a identidades duales y excluyentes, las experiencias vitales de los seres humanos quedan significadas en oposición constante a una socialidad que de forma abrupta deviene en orden impuesto y coercitivo sobre el agenciamiento creado (y creador) del individuo.

Haciéndonos eco de las palabras de L. Enrique Alonso y J. Callejo tal vez sería necesario poner cuidado en la producción prolífica de tecnicismos sociológicos que encierran cierto matiz historicista, en el sentido de encontrarse, su creación, exclusivamente determinada por una interpretación neológica que prácticamente opera a golpe de ruptura con la historia continuada que la precede. Como estos autores explican, el excesivo celo prestado a la ambigüedad e impostura del sujeto (nihilizado y más que nunca creador de sentido) puede relevar a un segundo plano las prácticas sociales mismas, fruto y conformación de la convivencia: *“...esta especie de cierre discursivo (y, sobre todo, textual) de las (anti) interpretaciones de filiación postmodernista deja fuera demasiadas cosas como para satisfacer la mínima sensibilidad sociológica; su centramiento en la retórica, su teoricismo e intelectualismo y su escasa referencia a cualquier uso o práctica que no sea estrictamente lingüística, por no decir estrictamente literaria, hacen que el antisociologismo latente o manifiesto de los planteamientos postmodernos salte casi a la vista.”* (Alonso y Callejo, 1999:40)

En ese mismo sentido, encontramos la llamada de atención que hace Bruno Latour sobre el “gusto perverso de los márgenes”. La oposición encontrada con la que tropiezan los defensores de la modernidad parece remitir a un diálogo interlocutado sin final. *“Queriendo ofrecer un suplemento de espíritu al mundo moderno, se le retira el que tiene, el que tenía, el que era incapaz de perder. Esta sustracción y esta adición son las dos ope-*

razones que permiten a los modernos y a los antimodernos atemorizarse mutuamente estando de acuerdo en lo esencial: somos absolutamente diferentes de los otros y hemos roto para siempre con nuestro propio pasado". (Latour, 1993:183). Cabe, pues preguntarse si la deslocalización de los lugares significa que hemos perdido el sentido de la localidad que vertebraba la política convivencia urbana; si acaso, la privatización de lo público que se denuncia, significa que la ciudad ha dejado de ser una "colección de extraños" y semejantes que conviven en una dimensión práctica de cotidianidad.

5. CONCLUSIONES: La continuidad histórica de la ciudad como asentamiento colectivo

El análisis y comprensión de cualquier fenómeno que forme parte de la actual realidad urbana ha de tratar de evitar convertir la propia modernidad o postmodernidad un ethos trascendental que sustituya a la reciprocidad de quienes conviven como principal argumento de conformación y consolidación social. El establecimiento e institución de las prácticas sociales de convivencia, así como la dimensión dinámica en la que éstas transcurren, tiene lugar a partir de la convivencia misma y a tenor de las semejanzas y diferencias que la integran. De este modo, la ciudad como espacio social urbano puede plantearse desde la continuidad que la sigue definiendo como un lugar inherente al ser humano.

Son tres las premisas metodológicas que nos permiten plantear la ciudad como espacio urbano de convivencia social. En primer lugar, una concepción weberiana del poder propuesta por M. Villareal: *"Lo más relevante para el ejercicio del poder es el proceso mismo, las prácticas mediante las cuales se clasifican y atribuyen identidades, las maneras en que se reivindicados con referencia a asociaciones específicas, socio históricamente construidas...lo más revelador es el proceso de institucionalización y no el discurso mismo."* (Villarreal, 2000:8). Frente a una lógica unidireccional que distribuye el poder a partir de la línea que separa a los poseedores de los poseídos esta perspectiva implica hacer uso de una concepción del poder que contenga a todos aquellos que conviven y practican relaciones múltiples, variadas y cambiantes.

En segundo lugar, el "método" que propone Fernández Martorell para hablar de la ciudad como asentamiento común. *"El método al que se está aludiendo y que se instala al convivir en civitas y durante su proceso de sedentarización es el de la suma de normas, leyes y en definitiva estrategias que inventan sus protagonistas para sobrevivir (alimentarse)..." "De hecho, dado que el método es independiente de quién le dé contenido, se reproduce no adscrito a la identidad de sus actores."* (Martorell-Fernández, 1997:24). De este modo, los seres humanos, lejos de aparecer abocados a una estructura determinista y determinante, aparecen en calidad de individuos activos y partícipes de todos aquellos significados, instituidos e instituyentes que vertebran el espacio social en el que la convivencia resulta ser un acontecer ineludible por su inherencia a la vida individual de cada cual.

Y en tercer lugar, la siguiente afirmación de S. Lash nos permite sostener que la pertenencia y participación de los significados que conforman el espacio social, impide concebirlas en términos exclusivos de obligatoriedad. *"La comunidad no implica una problematización crónica del significante, sino que está arraigada en significados compartidos y prácticas rutinarias de base."* (Lash, 2001:194). Es, por tanto, la sociedad moderna, articulada a través de intereses y de significados, una sociedad en la que la progresiva individualización habrá de contemplarse como una práctica social que se proyecta sobre la dimensión cotidiana de la cual los seres humanos siguen teniendo noción.

Por todo ello, reconocemos los significados sociales y estructurantes, compartidos y públicos, como aquello que nos atrapa y nos permite ser al mismo tiempo. Tanto los significados compartidos como los intereses particulares, articulan un conglomerado social y político de individuos que permite proponer la ciudad como un espacio histórico en el que desde hace miles de años el ser humano desarrolla su existencia vital.

Estas premisas permiten a la vez plantear el urbanismo como práctica. G. Mairal propone el urbanismo como una práctica colectiva que tiene como resultado la conformación del espacio colectivo y público de una ciudad, esto es, una estructuración de significados que incluye la disposición de los edificios públicos, de los comercios; la articulación de distintas zonas de la ciudad a través de sus calles, de sus usos y funcionalida-

des y soledades practicadas. *“De este modo cuando usamos el espacio urbano lo modulamos, ya que nos adaptamos a los significados y a las prescripciones conductuales que le atribuimos a cada ámbito”* (Mairal, 2000:187). Esta visión supone partir de la simbiosis que guardan individuo y sociedad y considerar, por tanto, el acontecer urbano, no sólo como un hecho consumado de racionalidad formal y geométrica, sino como el resultado derivado del protagonismo agencial de los habitantes, quienes van configurando el espacio urbano desde sus preferencias, sus modos de vida y sus recorridos personales.

La ciudad y lo urbano, aparecen también unidos conceptual e históricamente en la obra de Lefebvre en una simbiosis metodológica que no admite fisuras o relaciones de determinación entre ambos, y en la cual podemos seguir viendo la primacía que tienen las prácticas sociales de la cotidianidad sobre la definición objetiva y estática de un sistema de poder autoritario y demarcador de movimientos y haceres.

Lo urbano, definido como forma pura en la que acontece el encuentro en clave de simultaneidad está ligado a la práctica en la medida que los actores hacen reversibles los recorridos de la formalidad instituida. *“El uso (valor de uso) de los lugares, de los monumentos, de las diferencias, escapa a las exigencias del cambio, del valor de cambio...Lo urbano, al mismo tiempo que lugar de encuentro, convergencia de comunicaciones, e informaciones, se convierte en lo que siempre fue: lugar de deseo, desequilibrio permanente, sede de la disolución de normalidades y presiones, momento de lo lúdico y lo imprevisible.”* (Lefebvre, 1975:100).

Del mismo modo, la ciudad continúa siendo lo que es, texto escrito, piedra tallada en la que se refleja la historia sucedida, sin ser por ello “el lugar pasivo de la producción”: *“Se sitúa en un punto medio, a mitad de camino de lo que se llama orden próximo (relaciones de individuos en grupos más o menos extensos, más o menos organizados y estructurados, relaciones de estos grupos entre sí) y orden lejano, el de la sociedad, regulado por grandes y poderosas instituciones (Iglesia, Estado), por un código jurídico formalizado o no, por una cultura y por conjuntos significativos.”* (Lefebvre, 1975:64)

El paso de la comunidad a la asociación encuentra el consenso de las ciencias sociales como una sustitución paradigmá-

tica de la vida social moderna, caracterizada fundamentalmente por formas de organización abstractas y contractuales. Sin embargo, la ciudad y lo urbano, en su unión conceptual y metodológica proponen ver la continuidad de la vida social en común. El significado de lo comunitario persiste en las ciudades contemporáneas, a través de la dimensión local y cotidiana de la experiencia colectiva que conforman semejantes y desconocidos que se saben conciudadanos, habitantes y vecinos. Los usos son, entonces, las prácticas sociales que nos permiten considerar la articulación de dicha vida en común, la cual, no sólo obedece al orden de valoraciones instituidas, ya que en ella se incluye la recreación constante de lo social a partir de la recurrencia y de la apropiación, individual y colectiva, que enuncia la cotidianidad de lo local que demarcamos y distinguimos. La concreción local, según F. Cruces, es lo que sostiene los procesos y acontecimientos que componen la realidad social que conforman los seres humanos. Todo proceso de negociación, apropiación y comunicación *“se afinca en el hábito, la presencia, la sensorialidad, el cuerpo, la construcción cotidiana de la realidad. Son inseparables de las formas de encarnación (embodiment) por las que saber y sentido se arraigan en la experiencia concreta de las personas.”* (Cruces, 2004: 31)

La gravedad de hacer del individuo y la sociedad categorías sociológicamente distintas tiene como consecuencia que el espacio habitado, el lugar que cada ciudad es, se mecaniza y redistribuye, se disuelve y se olvida. *“Cuando la sociedad se concibe metafísicamente así, desde arriba o desde abajo, se encuentra orientada hacia el totalitarismo, porque ha creado una línea formal y vacía que a la postre siempre será una línea que separa a los verdugos de las víctimas.”* (Leyte, 1995).

Bibliografía

- ALONSO, L.E. y CALLEJO, J. (1999). “Análisis del discurso: del postmodernismo a la razón práctica”, REIS 88/99.
- ARENDRT, H. (1998). “La condición humana”. Barcelona: Paidós.
- CARO BAROJA, J. (1984). “Paisajes y ciudades”. Madrid: Taurus.
- CASTELLS, M.:
- (a) (1974). “La cuestión urbana”. Madrid: Siglo XXI.

- (b) (1997). "La era de la información", Vol. I ("La sociedad Red"). Madrid: Alianza.
- CRUCES VILLALOBOS, F. (2004). "Procesos formativos en la expresividad urbana: tradición, instrumentalidad, autocensura, transgresión y comunicación crítica" en Ortiz, C. (2004) "La ciudad es para ti". Barcelona: Anthropos Editorial; pp.19-35.
- DELEUZE, G. (1993). "¿Qué es la filosofía?". Barcelona: Anthropos.
- DELGADO, M. (1999). "El animal público". Barcelona: Anagrama.
- GATTI, G. (1999). "El parásito y lo social invisible, agente y territorio de las astucias social y sociológica" en "Las astucias de la identidad". Bilbao: Servicio editorial de la Universidad del País Vasco.
- KONING, R. (1971). "Sociología de la comunidad local". Madrid: Fundación Foessa.
- LATOUR, B. (1993). "Nunca hemos sido modernos". Madrid: Debate.
- LASH, S. (2001). "La reflexividad y sus dobles" en "Modernización reflexiva", Beck, U. Giddens, A. y Lash S.
- LEFEBVRE, H. (1975). "El derecho a la ciudad". Barcelona: Península.
- LEYTE, A. (1995). "¿Fue Auschwitz una ciudad?" en Archipiélago nº 34-35.
- LÓPEZ JIMÉNEZ, A. (2001). "Zaragoza ciudad hablada. Memoria colectiva de las mujeres y los hombres". Prensas Universitarias de Zaragoza.
- MAIRAL BUIL, G. (2000). Exploración etnográfica del espacio urbano". Revista de Antropología Social nº 9.
- DE MARINIS, P. (1995). "La espacialidad del Ojo miope (del Poder)". Archipiélago nº 34-35.
- MARTÍN SANTOS, L. (1988). "Diez lecciones de sociología". Méjico: Fondo de Cultura Económica.
- MARTORELL-FERNÁNDEZ, M. (1997). "Antropología de la convivencia". Madrid: Cátedra.
- MOYA VALGAÑÓN, C. (1969). "La ciudad un modelo de sistema social en desarrollo" en Moneda y Crédito. Madrid: nº 108.

- PIRENNE, H.:
- (a) (1986). "Historia económica y social de la Edad Media". Méjico: Fondo de Cultura Económica;
- (b) (1997). "Las ciudades en la Edad Media". Madrid: Alianza Editorial.
- RYKWERT, J. (1985). "La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en el Mundo Antiguo". Madrid: Graficinco, S.A.
- SIMMEL, G.:
- (a) (1976). "La filosofía del dinero". Madrid: Instituto de Estudios Políticos;
- (b) (1986). "Las grandes urbes y la vida del espíritu" en "El individuo y la libertad". Barcelona: Península.
- TONNIES, F. (1979). "Comunidad y asociación". Barcelona: Península.
- DE VENTÓS, R. (1986). "Ensayos sobre el desorden". Barcelona: Ed. Kairós.
- VILLARREAL, M. (2000). "La reinención de las mujeres y el poder en los procesos de desarrollo rural planeado" en La Ventana. Revista de estudios de género Nº II, Vol. II. Universidad de Guadalajara.
- WEBER, M. (1969). "Sociología de las religiones". Madrid.
- WIRTH, L. "El urbanismo como modo de vida". Buenos Aires: Ediciones 3.
- ZAMBRANO, M. (1998). "Persona y democracia. La historia sacrificial". Barcelona: Anthropos.